

Por un millón de especies

Aldemaro Romero Díaz

SE CREE QUE en el mundo existen — descubiertas o por descubrir— de 5 a 10 millones de especies de animales y plantas. Esta gigantesca diversidad es producto de cambios climáticos, movimientos de continentes, extinciones en masa e impresionantes diversificaciones de nuevas formas de vida a lo largo de millones y millones de historia planetaria.

Sin embargo, toda esta abrumadora diversificación puede ser reducida a bien poco en menos de una generación humana. Se calcula que durante la década de los ochenta desaparecerán de la faz de la Tierra una especie por día. Para el año 2000 el ritmo será de una especie cada hora. ¡Para finales de este siglo habrán desaparecido cerca de un millón de especies! y todo ello como consecuencia directa o indirecta de la intervención humana en el ambiente.

Hasta el presente han desaparecido centenares de especies de aves, mamíferos, plantas y otros seres vivientes en todo el mundo en lugares donde la destrucción del hábitat, la caza indiscriminada, o simplemente un desequilibrio ecológico creado por el hombre.

En este sentido Venezuela es un país afortunado ya que todavía no se ha reportado la extinción de especie alguna desde que se comenzó a catalogar su flora y fauna hace ya más de dos siglos. Sin embargo ello no significa que muchas de nuestras especies de animales y plantas no están por un momento crítico. El oso frontino, el armadillo gigante, el perro de agua, el manatí, el cunaguaro, el cardenalito y muchas de nuestras especies de cocodrilos, tortugas, peces, mariposas y orquídeas, son sólo unos cuantos ejemplos de las centenares de especies que Venezuela podría perder de aquí al año 2000.

A pesar de que más del 8% del territorio nacional está oficialmente declarado como zona protegida en forma de parque nacional, monumento nacional o refugio de vida silvestre, la inadecuada conservación de sus plantas y animales como consecuencia de problemas presupuestarios, de personal y planificación así como también la falta de protección de otras áreas aún no legalmente consideradas, debería abocarnos a impulsar una política de conservación mejor planificada, más ágil y dotada con los recursos humanos y económicos necesarios para cumplir su misión.

El profesor E.O. Wilson de la Universidad de Harvard lo puso muy claro hace no mucho: "Lo peor que puede ocurrir —y ocurrirá— en la década de los 80, no es una crisis energética, un colapso económico, una guerra nuclear limitada o la conquista del mundo por parte de un gobierno totalitario. Por terribles que estas catástrofes sean, ellas puedan ser reparadas en el lapso de unas cuantas generaciones. El proceso que ya está en marcha y que tomará millones de años al ser corregido es la pérdida de la diversidad genética y de especies por medio de la destrucción de los hábitats naturales. Esta sería la locura que nuestros descendientes menos nos perdonarían".

Si logramos coordinar nuestro desarrollo con la conservación de la diversidad biológica por lo menos de aquí al año 2000, tendremos algo de que sentirnos más que orgullosos.

Pero el momento de actuar es ahora, no el año 2000; de lo contrario Venezuela alcanzará la dudosa distinción de haber contribuido a la lista del millón de especies extintas que, muchos calculan, habrá para entonces. El futuro es ahora.